

Hasta aquí los antecedentes, los nexos, el entorno.

Volvamos a Puebla. Yo tenía 2 ó 3 años de edad cuando viví por primera vez frente al Jardín de Analco, que ya desapareció. Entonces había construcciones por los cuatro costados. Frente a nuestro hogar, cruzando el jardín, estaba la Tenería Victoria, donde trabajaba mi papá. A la izquierda la iglesia y a la derecha el kínder (y primaria) del “Verbo Encarnado” en que por primera ocasión entré a un aula. Primero en Tlapacoyan, para el catecismo, en el Patria y luego aquí.

Cerraron el kínder y mi nueva escuela estaba a 6 ó 7 cuadras de distancia.

Un día, ya a la edad de 4, ninguno de mis padres llegó a recogerme porque cada uno pensó que el otro iba a ir, y me animé a regresar a casa por mi cuenta. Fue mi primer recorrido solo por las calles de Puebla, pero a esa edad, se trató de un largo y sinuoso camino (dicen los Beatles). Me perdí, pero buscando señales, construcciones conocidas, recuperé el camino a casa.

Nos íbamos al centro, a caminar por el parque; gozábamos los festejos populares, las fiestas, las posadas y los desfiles.

Recorrer Puebla era fácil, no era tan grande y tenía las calles muy bien trazadas. Con una nomenclatura que no dejaba que nadie se perdiera.

Tuve la suerte de que mi mamá comenzara a leerme desde que yo era un bebé. Motivó mi amor por la lectura y a los 4 años ya sabía leer y escribir, sumar

y restar, multiplicar y dividir.

Cuando a los 5 me llevó mi madre a inscribirme en la primaria, en el Centro Escolar Revolución (ya en la Ciudad de México), mi maestra de primero, Margarita, le recriminaba que debía yo haber entrado a tercero.

Puebla inolvidable. La ciudad en la que abrí los ojos al mundo maravilloso de las letras, a la más temprana edad, gracias al amor y las enseñanzas de mi madre. La primera vez que lloré tras escuchar un relato fue en nuestro hogar frente al Jardín de Analco; se trataba de “De los Apeninos a los Andes”, de Edmundo de Amicis. “Corazón, Diario de un Niño” se convertiría en uno de mis libros de cuentos favoritos.

En Tlapacoyan, también entrañable, escribiría, a los 6 años de edad, mi primer cuento, mi primer fantasía.

Soy de aquí y de allá

El anuncio con la publicidad de una película del Piporro, en la que éste es un bracero en Estados Unidos, decía: “Con un pie al norte del Río Bravo, otro al sur y los dos en ningún lado”, refiriéndose a ese tipo de migrante ilegal (espaldas mojadas, les decían) que nunca logra el arraigo en el norte, no se integra a la cultura de aquél país y para colmo va perdiendo la que tenía.

Yo plantearía las cosas de otra manera: Con un pie en la Ciudad de México, otro en Tlapacoyan y uno más en Acapulco (mi casa en la playa), puedo darme el lujo de decir, a diferencia del autor de “No soy

de aquí, ni soy de allá”, que soy de todos esos lados, tan queridos y añorados, que a la fecha me acompañan por donde quiera que vaya.

No excluyo. Cuando he estado en París, Nueva York, Madrid, Londres, Ginebra o Milán me integro, soy así un poblador más de esos países, un ciudadano internacional. La generación de mis nietos tendrá este distintivo. Como sucedió en Europa, algún día América eliminará fronteras.

Igual que Facundo Cabral, no tengo edad, pero sí confianza en el porvenir. Igual también que Cabral, ser feliz es mi color de identidad.

Si no eres de aquí, ni de allá, no tienes claros los objetivos.

Hay que crecer, evolucionar, como decía el admirado actor argentino, Luis Sandrini: “Hasta que el cuerpo aguante”.

Esos primeros pasos de la infancia pasan frente a mí como si se tratara de una película: Justo Sierra, el Jardín de Analco, Ferrer 203. Capítulos que podrían trazarse a partir de diversas instituciones educativas. Pero la Filosofía fue fundamental, me descubrió otra óptica del mundo. El Psicoanálisis me la dio de mi entorno.

Como conclusión, vislumbro cinco lenguajes fundamentales: 1: La **Filosofía**, que nos permite la comprensión de todo: Quiénes somos, a dónde vamos, de dónde venimos, ¿materia o espíritu? 2: Las **Matemáticas**, que nos dan una parte importante de nuestra formación

académica y nos enseñan a estructurar, a tejer redes. 3: El **Ajedrez**, que aunque es un juego nos enseña a concentrarnos y a planear estrategias. 4: La **Poesía**, con todas sus variantes, que nos indica el camino de la palabra y nos impulsa a dejar volar la imaginación, y 5: La **Música**, que alimenta nuestra sensibilidad y le da cauce a nuestros sentimientos, o, como dicen los clásicos: “Es el alimento del alma”.

Hasta aquí el tema central, porque desafortunadamente el espacio impide que corra la pluma. Confucio decía que “una caminata de 8 mil kilómetros comienza con un paso”, que en este caso está dado. El libro sigue abierto.

¡Confiar y Esperar!

Los sitios en Internet no son exclusivos de determinada población, son internacionales y en consecuencia, las publicaciones por este medio lo son también. Es el caso de mis “Personajes” en Código Diez (codigodiez.mx) y de estas Crónicas de Tlapacoyan. Gracias a estas y otras tribunas he recibido mensajes y documentos, vía correo electrónico, no sólo de diversas partes de la república, sino de otros lugares del mundo: de España, Estados Unidos, Inglaterra, Francia...

Parece increíble, pero gracias a este tipo de difusión tengo ahora apreciados amigos que de otra manera no habría conocido, o conocidos que ahora son mis amigos, y amigos que lo son más, además de parientes que nunca he visto en persona y me han reconocido y escrito. La comunicación con mi propia familia

es más cálida, más cercana.

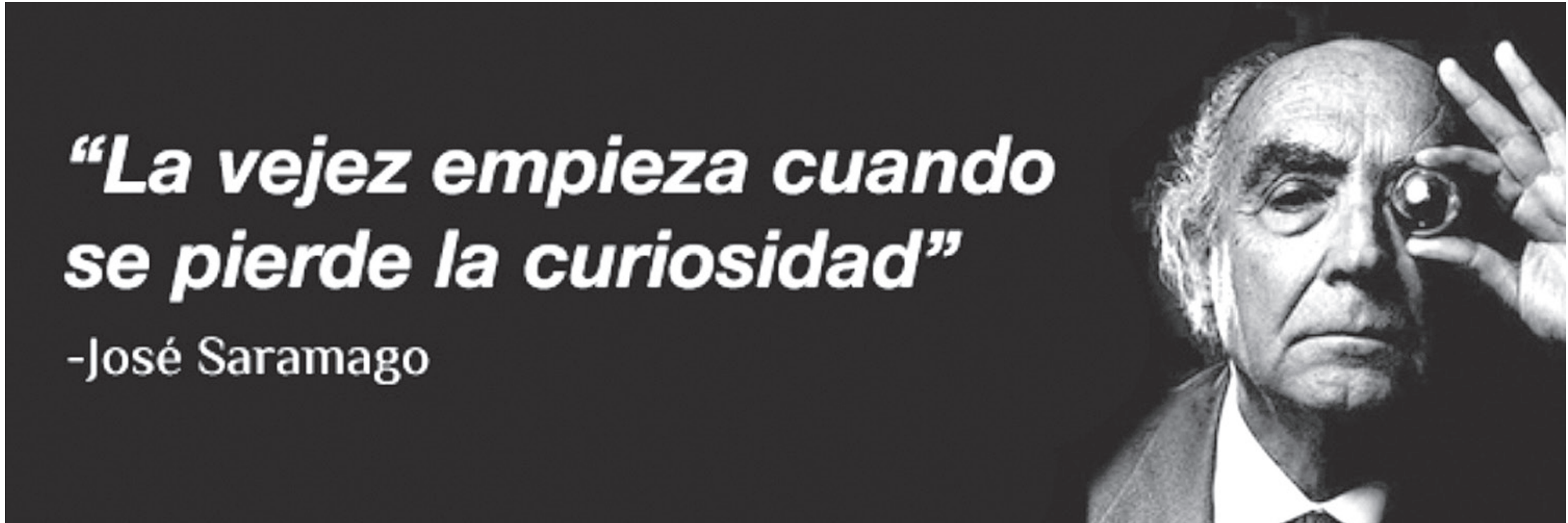
Éste es un reconocimiento que debo hacer, a todos ustedes, los que menciono en el párrafo anterior, a los que me leen en estas páginas y a los que de manera anónima se interesan en estas líneas, con mi agradecimiento y la expresión de mi más alta estima.

Y es, también, el mejor final para esta crónica. Pero no es una despedida, seguirán publicándose éstas ininterrumpidamente... Espero.

Les decía, queridos lectores, que Igual que Facundo Cabral, no tengo edad, pero sí confianza en el porvenir; así que espero que, tras la operación quirúrgica a la que me someteré poco antes de mediados del mes de agosto próximo, como adelanté en las primeras líneas de esta crónica, seguiré con el impulso necesario para seguir con ustedes otro trecho. Tengo todavía muchas historias en el tintero y espero que la vida me de la oportunidad de dejarlas salir para que ocupen su lugar en este espacio.

Mi corazón lo sigue ocupando el deseo de vivir, de enmendar errores, de dar lo mejor de mi mismo. El odio y el rencor no forman parte de mi personalidad. No tengo enemigos y espero recuperar a las amistades que por el motivo que fuera ya no están cerca.

La vida debe vivirse de tal suerte que vida quede en la muerte y recuerden que su esencia está concentrada en dos palabras: ¡Confiar y Esperar!



“La vejez empieza cuando se pierde la curiosidad”

-José Saramago

¿Que cuántos años tengo?

Frecuentemente me preguntan que cuántos años tengo...

¡Qué importa eso!

Tengo la edad que quiero y siento. La edad en que puedo gritar sin miedo lo que pienso. Hacer lo que deseo, sin miedo al fracaso, o lo desconocido.

Tengo la experiencia de los años vividos y la fuerza de la convicción de mis deseos.

¡Qué importa cuántos años tengo! No quiero pensar en ello.

Unos dicen que ya soy viejo y otros que estoy en el apogeo.

Pero no es la edad que tengo, ni lo que la gente dice, sino lo que mi corazón siente y mi cerebro dicte.

Tengo los años necesarios para gritar lo que pienso, para hacer lo que quiero, para reconocer yerros viejos, rectificar caminos y atesorar éxitos.

Ahora no tienen porqué decir: Eres muy joven... no lo lograrás.

Tengo la edad en que las cosas se miran con más calma, pero con el interés de seguir creciendo. Tengo los años en que los sueños se empiezan a acariciar con los dedos, y las ilusiones se convierten en esperanza.

Tengo los años en que el amor, a veces es una loca llamarada, ansiosa de consumirse en el fuego de una pasión deseada.

Y otras un remanso de paz, como el atardecer en la playa.

¿Qué cuántos años tengo? No necesito con un número marcar, pues mis anhelos alcanzados, mis triunfos obtenidos, las lágrimas que por el camino derramé al ver mis ilusiones rotas...

Valen mucho más que eso.

¡Qué importa si cumplo veinte, cuarenta, o sesenta!

Lo que importa es la edad que siento.

Tengo los años que necesito para vivir libre y sin miedos.

Para seguir sin temor por el sendero, pues llevo conmigo la experiencia adquirida y la fuerza de mis anhelos.

¿Qué cuantos años tengo? ¡Eso a quién le importa!

Tengo los años necesarios para perder el miedo y hacer lo que quiero y siento.

(José Saramago, Premio Nobel 1998).

Cuál es la edad ideal

Me preguntan que cómo me siento a mi edad. Si no estoy en el declive, si no extraño los años mozos, si me privo de algo, o de mucho.

Y no, no extraño, ni me privo de nada, ni estoy en el declive, al contrario.

Hay personas que cuando les preguntan de qué edad se sienten, aunque tengan cincuenta responden que se sienten de veinte. Pero eso no habla bien de ellos, al contrario, porque significa entonces que son retrasados mentales.

A mi me sucede al revés, no importa mi edad física, me siento de ciento cincuenta de edad mental. Así calculo mi edad gracias a mi experiencia, a toda la información que he acumulado a lo largo de los años y a la mejor capacidad que tengo como persona sensible, aunque a veces reconozco que me paso.

Estoy feliz con mi edad porque:

Vivo la plenitud intelectual, emocional y física.

Intelectual, porque tengo más sabiduría, experiencia y cultura.

Emocional, porque gracias a lo anterior y a que se ha agudizado mi sensibilidad soy capaz de dar ahora todo el cariño que se reprime por los problemas que a veces nos agobian.

Y física, porque no tengo ninguna restricción, cumplo a cabalidad con cualquier requerimiento que se le imponga a los jóvenes. Cualquiera. Y resulta evidente que lo cumplo mejor, porque me ayudan tanto la experiencia, como mis emociones.

¿Y todas las personas viven tal plenitud?

No, desafortunadamente. Hay quienes no cultivaron su desarrollo intelectual, otros que no resolvieron los problemas que los agobiaron durante la infancia y crecieron, en consecuencia, con un superyo mal estructurado y, finalmente, los hay, en gran medida, con tantos problemas de salud que ya no tienen deseos de vivir muchos años.

Me preguntan, finalmente, ¿Cuál es entonces la mejor edad, la ideal?

TODAS. Hay que dar lo mejor de nosotros sin importar la edad que tengamos. No hay que esperar al futuro, ni lamentarnos por el pasado. Hay que vivir el momento actual a plenitud. Y, por encima de todo, hay que buscar la superación en todos sentidos, hay que intentar ser mejores seres humanos. Por el bien de nosotros mismos y de los que nos rodean (ADG).

